



de la galaxia. De hecho, casi se matan tratando de descender en un tumulto de ropa, libros, pupas, discos, posters, rúleros, cartucheras y demás objetos que inundaban todo el lugar desperdigados a la marchanta.

24

Envuelta en una frazada y con los pelos negros y largos desordenados, los observaba detenidamente la única inquilina de Titán.

—Perdonen, pero estaba tratando de dormir—les dijo. Mariano y Rita se miraron sorprendidos porque era de día, un día límpido y hermoso, con el cielo violeta característico de la Luna de Saturno.

Mariano se acercó y le contó que él y su perra Rita habían viajado por toda la galaxia para conseguir la figuritas más difíciles y...

25

—¡Eso es imposible!—les dijo Guadalupe—. Yo hace rato que quiero llenar mis álbumes de figuritas y siempre me falta una, ¡la más difícil!

Mariano y Rita se miraron como solían mirarse cuando los dos tenían un mismo pensamiento. Mariano dijo:

—Pero lo más probable es que debajo de todas las cosas que andan por acá, estén las figuritas más difíciles. Con este desorden—le explicó—es difícil que puedas saber dónde están.

—¿Qué desorden?—dijo Guadalupe.

26

—¡Pero mirá lo que estoy viendo!—dijo Mariano mientras corría a levantar de abajo de un espejo que estaba apoyado sobre un banquito celeste una figurita—. ¡Mirá, Rita! Es Mukombo, el jugador de Zaire, la figurita más difícil del mundo!

La nenita quedó pasmada. Fue hasta un pequeño baúl verde que estaba abierto y del cual sobresalían innumerables objetos y casi se metió adentro. Volvió con unos guantes y un plumero y se los pasó a Mariano y a Rita. Ella se puso los guantes blancos, muy largos, que suelen usar las mujeres en Vietnam para que el sol no les queme los brazos mientras andan en bicicleta.

—Ordenemos y limpiemos todo—les dijo Guadalupe—, tal vez en algún lugar esté la figurita de la Princesa Leia que tanto quiero.

27

Los pelirrojos de Marte no podían creer lo que estaban viendo por el telescopio. Guadalupe, Rita y Mariano ordenaban, lavaban y acomodaban todo



lo que encontraban a su paso. Un reloj despertador que estaba adentro de una caja de zapatillas, un felpudo arriba de una heladera, un sacapuntas y una agujereadora metidos en el botiquín del baño, camisas, remeras, miles de zapatos de noche y demás objetos fueron encontrando su debido lugar en la Luna de Saturno. Cuando finalmente quedó todo ordenado, estaban muy cansados y se quedaron dormidos sobre un inmenso sillón de pana verde.

28

Entonces salió el sol y un viento cálido los despezó. Mariano y Rita estaban sobre el sillón y Guadalupe, envuelta aún en su frazada a cuadros,

dormía sentada en una silla reclinable. A primera vista parecía que había nevado o llovido pero no, lo que el viento agitaba de un lugar a otro tapizando casi todo Titán eran figuritas de todos los tamaños y formas. Increíble fue la alegría cuando empezaron a ver los tres amigos que las más difíciles estaban ahí, a raudales. ¡La 29 del Zorro! ¡La Princesa Leia! ¡Hasta cuatro de Mukombo!

29

Llenaron sus álbumes y no pararon de mirarlos y mirarlos contándose mutuamente cuáles eran sus figuritas preferidas, y hasta se cambiaron algunas después de un riguroso conteo. ¡Ah, esa hermosa sensación de tener las manos repletas de figuritas de todos los colores! A la nena le llamaron la atención unas figuritas pesadas y brillosas.

—¡Son superchapitas!—le dijo Mariano y le mostró su preferida, donde brillaba la foto del Mono Irusta con un buzo celeste de arquero.

Guadalupe le mostró la de la Princesa Leia que tanto había deseado.

—¿No me parezco?—le preguntó. Y Mariano, sonrojándose, le dijo que era igual.

30

Inesperadamente, los álbumes de todos los chicos de la galaxia se fueron llenando con las figuritas más difíciles y éstos fueron a las fábricas que las hacían a reclamar sus premios. Rita y Mariano nunca van a poder olvidar la tarde de sol—ya de regreso en casa—, cuando con su barra de amiguitos fueron a buscar su premio por haber llenado el álbum. El portón de la fábrica era inmenso y un señor de overol marrón muy simpático les dio como premio por su hazaña una pelota plastibol con la que jugarían al fútbol en la vereda de su casa, durante todo el día, hasta casi bien entrada la noche, ya con el planeta rojo brillando en el cielo.

FIN

